

0741

LOS MUSEOS EN LA CULTURA DE LOS PUEBLOS

Conferencia en el Museo de Ciencias Naturales de Cali, al celebrarse su primer año de fundación el 18 de Diciembre de 1964.

por Enrique Pérez Arbeláez Dr.Phil.

Nos hallamos en un Museo de Ciencias Naturales cuyas directivas han querido celebrar el primer año de su fundación con lo único que ellos, desde esta casa, han sabido dar y con lo mejor que pueden prometer: más servicio social y en él una continuidad indefinida. Es el compromiso de toda vida humana cuando quiere ser perfecta:

"Trazar una trayectoria que conduzca a una estrella- Y dar un paso y otro hasta morir en ella."

En el caso presente la estrella titila con múltiples irradiaciones de su ardoroso interior, que son las que ahora me corresponde analizar y ponderar.

Todo gran problema colombiano pide, en última instancia, una solución educativa; condición y ley que en muchas de sus empresas han advertido cuantos se preocupan por el bienestar general de nuestros conciudadanos. Encaja a perfección con este objetivo y finalidad, lo primero que pretende este Museo, que es desarrollar en sus visitantes un interés operativo, un conocimiento científico y una consciencia conservacionista, respecto de los recursos naturales de la nación y en particular de los del Valle del Cauca.

Los conservacionistas de todo el mundo - más los que trabajan en países democráticos- han llegado a varias convicciones unánimes. La

primera es que la acción gubernamental, por bien intencionada que sea, por más munífica, no alcanza, ella sola, a defender los recursos naturales de una nación. Porque esta defensa es cuestión de una actitud mental específica, de una psicología de masas, capaz de uniformar la acción de todo un pueblo hacia la respetuosa administración de los ecosistemas naturales, gratuitamente recibidos; para la comprensión del equilibrio entre uso y regeneración y para mantener en cada generación efímera, el concepto de una responsabilidad perenne ante los futuros. La segunda experiencia es, que estas actitudes psicológicas, sociales, no se logran sino mediante una educación objetiva, óptica, que llegue a todas las escalas de la ciudadanía, que influya en todas las edades, que se imparta a lo largo de todas las vidas, no con un concepto de mínimo, que es el que va primando, en nuestros días, en la educación escolar y general, sino con una norma de elevación que actualice al hombre respecto de la ciencia de su tiempo y que le permita una visión total de la Naturaleza. A esta, nuestra mente la concibe por partes, quizá ~~por~~ pugnaces entre sí, cuando su cualidad más notoria es la de equilibrio; la de integración ontológica, a donde no se llega con la lógica científica sola. Cuando el hombre camina, mueve una pierna, mueve la otra, se equilibra sobre el pie, dobla la rodilla, adelanta ^{el torso} ~~la~~ canilla, se impulsa con el muslo. Pero avanza con el todo, sin pensar en los órganos que distingue el anatómico, los cuales, él, por leyes de estática y de dinámica, debe coordinar en un solo movimiento. Tal es la comprensión de la Naturaleza requerida para un conservacionismo eficaz. No se parcela entre Geografía, Geología, Paleontología, Climatología, Hidrología, Botánica, Zoología y Antropología, sino que implica un conocimiento integral y una marcha hacia el uso económico, hacia la conservación y regeneración de todo lo que es antecedente a la aparición del hombre sobre la tierra y que prosigue su evolución sin contar con él.

Tercera conclusión a que han llegado los educadores del con-

servacionismo es que para llegar a esa actitud mental conservacionista popular y a ese conocimiento y estima integral de la Naturaleza, aunque son indispensables el análisis ideológico y ciertos principios científicos del campo didáctico, lo que más se requiere, lo que de preferencia se debe transmitir, es la estética de la misma Naturaleza, el placer contemplativo de su belleza.

La belleza del Cosmos es el mejor motivo para que se lo respete. Un árbol, un bosque, deben tutelarse por sus maderas; por su significado en la atemperación del clima ardiente; por su acción fijadora de las lluvias, alimentadora del humus, defensora de los suelos agrícolas y protectora de la salud humana. Es preciso que así lo comprendamos todos, que se enseñe a todos el sagrado valor de las cortezas; que se divulguen las nociones de una defensa fitosanitaria y la conveniencia de los abonamientos. Pero no cabe duda : entonces estarán más protegidos el árbol y el bosque, cuando el grupo humano, que con ellos convive, llegan a verlos como elementos integrantes de su paisaje íntimo, parte de sus tradiciones y razón de su postura ante la vida. Tal mística, digo, tiene la máxima fuerza conservacionista. Semejante percepción estética de la Naturaleza no requiere estar precedida de muchas doctrinas ni de profundas disciplinas. La posee el indio cuando se embelesa en la contemplación de su río, pone oídos a los rumores de su bosque, o alza su vista al cielo donde titilan los astros.

La capta el pastorcito cuando, sesteando en la colina, dice como el poeta alemán Herman Almers :

"Estoy tendido en el mullido césped
y elevo mi mi mirada al alto espacio;
su esplendoroso azul me va envolviendo
mientras los grillos cantan sin descanso.

Preciosas nubes, blancas como sueños
por el profundo azul van desfilando;
tras ellas viajo, liberado espíritu,
bogando, de lo eterno por los claustros".

El mismo sentimiento frente a la naturaleza, es el que ha conducido los poetas a sus transportes más líricos y de más permanente acordancia humana. Lo mismo a los clásicos griegos y latinos que a Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Tennyson, Víctor Hugo, José Eustacio Rivera o Carlos Villafañe.

No me detengo, sin embargo, en citas de esos autores, por amenas que fueran, en primer lugar, porque alargaría demasiado este discurso y segundo, muy principal, porque temo que alguno salga con la impresión de que, según mis palabras, el conservacionismo es asunto de poesía. No lo es exclusivamente, sino que la presentación estética de la naturaleza es el mejor canal para llevar a la inteligencia media, ^{los elementos de una} conciencia conservacionista. Se me dirá que esta percepción estética operativa no exige instrumentos que la formen; que es un amor a primera vista; que surge de la muda presentación de la misma naturaleza. Idea que ya desarrolló de manera insuperable Alejandro de Humboldt en su "Cosmos". Pero este proceso instintivo no es animal e innato, sino adquirido, obedece a un proceso educativo y a la adquisición de ciertos reflejos condicionados que tienen su vivero, unos en la niñez, cuando se forma el primitivo super ego del hombre, otros en el adulto, que se mueve por razones, que se preocupa por sus propios problemas y ^{por} los de su comunidad a medida que le van presentando sus incógnitas. Podríamos decir que el conservacionismo es un problema de familia a cuya solución cada célula social aporta lo mejor que deriva de su ontogénesis. El niño su admiración : la mujer su sentido de futuro y de trasmisión a la prole; el ^{con} ~~valor~~ su razonamiento y efusión a la patria de muchos.

Para dar claridad a estos conceptos con un ejemplo, basta que analicemos el caso de Alemania ; un país, si alguno, donde la Naturaleza se halla eficazmente protegida y donde su culto y su estética alcanzan un refinamiento al que solo se acercan los belgas, los japoneses y los hawaianos. Es Alemania una de las pocas regiones del mundo donde la Naturaleza, en vez

de estar en receso, se halla en auge y regenerada con creces.

Alemania Federal, en los límites a que se vio reducida tras la II Guerra, sin Berlín y sin la región del Saar, medía 245.387 kms.2. Su población, en 1959~~M~~ era de 51 millones y medio de habitantes, es decir 211 habitantes por kmtr.2, menor en el mundo que en varias ciudades (Mónaco); puertos, (Gibraltar, Hong-Kong); islas, (Malta) y que ciertos protectorados. Pero al revés de estos, era capaz de auto-abastecerse de bienes fundamentales dentro de sus fronteras. Tenía para esa fecha una superficie de bosques de 7.103.000 hectáreas, un área agrocluturable de 8.639.000 ha. y finalmente, un área ganadera de 5.692.000 hectáreas. Ese era el balance cuando comenzaba a cumplirse el "milagro alemán". Con posterioridad, a pesar de la vertiginosa industrialización, del tremendo crecimiento demográfico, parte vegetativo, parte inmigratorio; no obstante el alza admirable de las comodidades en todos los niveles de la sociedad, Alemania se cubre año por año, de más extensos y más seleccionados bosques y sus reservas de caza y pesca son siempre mayores. Para explicarse estos fenómenos no basta atender a las reglamentaciones oficiales, a la acción inteligente de los guardabosques, ni al aviso constante que en las carreteras, a través de los bosques sin cercados, ordena a los automovilistas que restrinjan su velocidad en todo sitio donde es frecuente que salgan venados, jabalíes, liebres, conejos, faisanes; ni basta mantenerse alerta al reiterado "verboten" que protege los arbolados, la pesca, la caza en determinadas épocas del año, bajo gravísimas penas que se cumplen. Para entenderlo es menester penetrar a la familia germana; a su literatura infantil, a sus escuelas. En ellas se presenta la Naturaleza bajo un prisma de ideal y la visita del bosque es el mejor premio; un regalo del sol; los seres reales que lo habitan son inocentes y fascinantes, hechos sólo para la caricia y para el ensueño. Así es como se forma al ciudadano convivente con su medio a través de la estética.

Ya, con lo dicho y tras el proceso lógico que hemos seguido, nos queda solamente formular qué son los Museos y cuál es su papel en la cultura de los pueblos.

Museo quiere decir "morada y templo de las Musas", el sitio donde ellas actuaban y donde dispensaban su protección. Desde Lorenzo de Medicis en el siglo XVI, toda colección de objetos materiales dispuesta para el aumento de la ciencia, para la enseñanza óptica de ella o del arte y para el placer estético público, es un Museo. Bajo este amplio concepto, tan museos son las Pinacotecas, la colección de esculturas, como los jardines botánico y zoológico; el museo higiénico, el de navegación, el de transporte; el planetario; el de Antropología, Etnología y Folclore; el de la Música; el de la Ciudad, el de las Artesanías; el de la Cerámica, el de las Armas, el de Waterloo; las Iglesias y edificios públicos, las casas de Goethe y de Humboldt; la de Miguel Angel y de Wilhelm Busch. Allí donde se extienda un interés humano que se pueda materializar, allí cabe un Museo y se lo ha fundado en alguna parte del mundo o se lo está fundando. Lo que se pide el Museo es una instalación técnica, una disposición estética, continuidad y público. Público y vinculación con la tradición y la simpatía de una ciudad, son la mayor fortuna a que un Museo puede aspirar. Hablando de público debemos evitar un error, frecuente entre nosotros, que es destinar los museos exclusiva o principalmente al turismo extranjero. No. El Museo es para nuestro pueblo y el mejor legado que a los futuros pueden transmitir sus trabajadores del pensamiento.

Porque el orto natural de los Museos son los Laboratorios de los sabios y los talleres de los artistas. Y todo cuanto el tiempo ha vestido con su pátina; todo cuanto hoy o mañana puede interesar a un público, merece un Museo, es digno de un coleccionista, y, en las naciones cultas, merece una celosa protección.

Si quisiéramos dar una idea, aproximada siquiera, de lo que en

el mundo culto se hace por aumentar el número de los Museos; por acrecentar sus piezas y su contenido; por atraer a ellos, visitantes, desde los niños hasta los adultos; si luego nos detuviéramos en los esfuerzos que hace la cultura a favor de las exploraciones, de viajeros, de subastas, aplicando y refinando la ciencia museológica, en favor de los Museos, pienso que no acabaríamos esta disertación.

(El caso de Sir Arthur Stanard Varney, el del Lacoonte del Greco).

Pero estas consideraciones nos llevarían a otras mucho más dilatadas sobre el reflujo cultural de los Museos; sobre la superioridad que infunden en las sociedades y ciudades que los poseen. Llegaríamos, inclusive, a la consecuencia de que un país desarrollado es el que tiene Museos, mientras que el subdesarrollado es el que de ellos carece.

No cabe duda que Europa es el continente de la cultura, dueño y maestro de ella. Y esa primacía nació, se mantiene y se mantendrá, por los Museos.

(La frase de Darío Echandía es verdad. En Europa hay ciudades que tienen un Museo, como París al Louvre. Hay ciudades construídas junto a un Museo, como Madrid cabe El Prado. Pero hay ciudades que son un Museo: Florencia, Venecia, Toledo). *(El fruto para F.ª de las Gu. napoleónicas)*

¿Cómo no reconocer, que los parisienses, los madrileños, los florentinos, los venecianos y toledanos están en posición privilegiada para comprender el arte griego, a Rembrandt, a Miguel Angel, a Velásquez, al Greco, al Tiziano, a Rafael, que nosotros, cuando nos vemos obligados a partir de nuestra vida entre la prosaica rutina del trabajo y las fritangas al margen de una carretera polvorienta; congestionada de vulgaridad, vacía de ideas de superación? De nuestra niñez y juventudes no hay ni qué decir. Unos cuantos datos aprendidos de memoria, un cine deletéreo nunca suplirán lo que en saber, en patria les daría la fácil, la estética contemplación,

de un lienzo o escultura. Tengo para mí que la inquietud anormal de nuestras juventudes proviene de la inmensa incógnita que las rodea, de la lucha desigual contra las sombras.

Y respecto de los creadores del arte sea religioso, sea profano, ¿qué pueden ellos esperar de estas iglesias sin cuadros, sin retablos, sin hagiografía; con una que otra imagen fabricada en escayola ! ¿qué de los nuestros monumentos públicos erigidos en cemento a los próceres uniformados en lo pedestre y lugareño !

La primera misión de la cultura en Colombia es salvar nuestra Naturaleza que es lo mejor que poseemos. Lo que antes que nada obliga al Vallecaucano^P, es salvar este Valle del Cauca: su estética y su utilidad amenazadas.

Porque, Señores, el viaje que nos aguarda es muy largo y entre las nieblas del futuro sólo^{se} dibujan un bulldozer que viene arrasando los últimos árboles y una multitud de hombres, la explosión demográfica, que piden pan para sus bocas, agua para sus fauces y el descanso, la belleza de la Naturaleza agreste, para curar su angustia de artificialidad.

Este Museo de Ciencias Naturales de la Ciudad de Cali no tiene solamente la misión de investigar, enseñar, atraer. También deberá ser alerta vigía sobre los Recursos Naturales del Valle.

(El caso de los guanacos^{yes} y la anchoveta de las Islas del Callao)

Enrique Pérez Arbeláez

18-XII-64